

ciente, en subsistemas perceptivos especializados, no siendo ni inteligente ni exploratoria.

*Origins of Objectivity* deja las cosas en este punto. El capítulo 11 (“Glimpses Forward”) hace explícitos algunos problemas que el lector puede haber barruntado, como el del nexo de la percepción con el pensamiento proposicional. Burge apunta que, así como el límite inferior de la percepción es el que separa los estados representacionales con contenido como de del registro sensorial de información, el límite superior establece la divisoria entre estados que no poseen contenido representacional proposicional (o conceptual) y estados que sí lo poseen. La convicción de Burge es que “[l]a percepción es constitutivamente independiente de las capacidades [necesarias] para el pensamiento proposicional” (p. 548). ¿Qué más demanda el pensamiento proposicional? Aunque esta pregunta pertenece a otro proyecto, se adelanta un apunte valioso. El paso que lleva de la percepción al contenido proposicional exige poner en juego capacidades que liberen al individuo de la especificidad de su situación contextual, que le permitan representarse las cosas en términos generales. El término que se reserva para referirse a este complejo de capacidades es el de ‘[capacidades de] atribución pura’ (*pure attribution*). Aunque sin desarrollar, las páginas 539 a 544, aportan algunas ideas las que explorar lo que Burge describe como “la frontera superior de lo perceptivo”. Sería magnífico que se emplease a fondo en este proyecto en los años próximos.

Juan José Acero  
Universidad de Granada  
acero@ugr.es

CARLOS CASTRODEZA. 2009. *La darwinización del mundo*. Barcelona: Herder.

Introducir una *mirada darwinista* en el contexto de la reflexión filosófica y científico social supone un reto de extraordinaria dificultad por varias razones. En primer lugar, porque la propia ortodoxia darwinista, que ha experimentado importantes transformaciones y superado ciertos equívocos que impregnaron el darwinismo desde la propia obra seminal de Darwin, continúa hoy siendo objeto de debate en algunos aspectos relevantes, de manera especial cuando extiende sus pretensiones hacia la interpretación de los fenómenos humanos. En segundo lugar, porque la filosofía y las ciencias sociales se muestran reactivas, sumamente incómodas, al entrar en contacto con la ciencia natural y, particularmente, con el naturalismo que puede derivarse de la teoría evolutiva por selección natural, anatematizada en el campo de las humanidades, por mor de los desvaríos del darwinismo social, desde sus mismos orígenes. En tercer lugar, porque quienes, en uno u otro sentido, han pretendido naturalizar el pensamiento filosófico y social lo han hecho intentando nadar y guardar la ropa al mismo tiempo, es decir, utilizando el naturalismo para demoler falsos ídolos espiritualistas e idealistas pero reservándose la posibilidad de reconstruir un cierto humanismo que, a la altura de las nuevas ciencias, salve los muebles y evite sacar las últimas consecuencias de su propia estrategia. Por último, porque el panorama que se divisa desde una óptica naturalista, radicalmente darwinista, es poco apto, muy probablemente, para la propia naturaleza

humana – animista, fabuladora y ávida de esencias y sentido – en su muy peculiar deriva adaptativa.

“La darwinación del mundo”, la obra de Carlos Castrodeza, profesor titular de Lógica y Filosofía de la Ciencia en la Universidad Complutense de Madrid, cuyas tesis comentamos en estas breves líneas, constituye un excepcional –es decir, excelente e inusual– esfuerzo por abordar y discutir lúcidamente la precariedad de la existencia humana desde una radical perspectiva naturalista. Se trata, indudablemente, de un texto de madurez, no sólo por la muy patente erudición y minuciosidad crítica que revela su lectura, sino, y esto es lo crucial, por la radicalidad de su enfoque y la serenidad y amplitud de sus conclusiones. Constituye el libro un paso más en un proyecto de investigación filosófica que desde su inicio, posiblemente con su obra *Razón biológica: la base evolucionista del pensamiento* (Minerva, 1999), ha pretendido desarrollar una explicación en clave evolucionista de las categorías y los productos más excelsos del pensamiento humano.

Si de entrar al fondo de la cuestión se trata, entonces habremos de declarar inmediatamente que la tesis última y más singular de la obra se resume en ésta: *el emperador está desnudo*. De las muchas ideas que se desarrollan y revisan en el libro, la más radical y, al mismo tiempo, la más exigente desde un punto de vista moral e intelectual es la más sencilla de todas: la existencia humana, en su materialidad completa, así como sus más excelsos productos culturales no son una superación por la vía de la actividad espiritual de nuestra naturaleza biológica, sino un producto de ella. Nada de lo que consideramos sublime e inefable y, por tanto más singularmente humano – moralidad, experiencia estética o religiosa, vida política, conocimiento, etc. – se escapa, en último término, a sus orígenes bio-psico-sociales, ni permanece al margen de la lógica impuesta por el imperativo adaptativo a toda estrategia etológica y a todo balance ecológico.

El ser humano, una especie surgida dentro del fondo de la biodiversidad de nuestro planeta por selección natural, como cualquier otra, pervive en su precariedad existencial mediante la puesta en juego de muy diversas estrategias adaptativas, muchas de las cuales, como ya observara el mismo Darwin, son productos reciclados, exaptaciones en terminología de Gould, soluciones adaptativas locales que reconcilian, en alguna medida, al hombre y su ambiente. Estas adaptaciones se extienden desde los más elementales rasgos morfológicos y fisiológicos hasta las más complejas formas de comportamiento y creencia, incluyendo el espeso y pretencioso mundo de experiencias conscientes, el mundo de las emociones, las ilusiones y las vivencias intencionales. Esta lógica adaptativa dibuja un ser humano con el perfil de un superviviente, dotado por la misma naturaleza de un conjunto singular de capacidades cognitivas, emocionales y comportamentales aptas para resolver los retos ambientales a los que se enfrentó nuestra especie hace miles de años.

A través de un laborioso y minucioso diálogo con la literatura especializada, no sólo en el campo de las ciencias biológicas sino también en el de las humanidades, acorde con su doble condición de ingeniero agrónomo y filósofo, Castrodeza nos invita a aceptar en toda su crudeza la más auténtica realidad de nuestra existencia, que no es otra que nuestra contingencia radical –individual y colectiva– y la carencia absoluta y

última de todo fundamento para nuestras muy humanas pretensiones onto(teo)lógicas, axiológicas o epistemológicas.

La verdad del conocimiento, la adecuada organización de la vida social y política, la expresión estética de lo inefable, la avidez de trascendencia o la objetividad de los valores morales, constantes antropológicas universales que impulsan la inagotable actividad humana, esconden, cada una de ellas, infinidad de formas locales de adaptación de nuestra especie a los imperativos ambientales. En su infinita variedad, son el resultado de la interacción entre la arquitectura sesgada de un cerebro fabulador y manipulador, fruto de la selección natural, y las condiciones ambientales relativamente estables que acompañaron su propia filogénesis. No queda suficientemente claro en el texto, o al menos no hemos sido capaces de apreciarlo, hasta qué punto el autor interpreta esa arquitectura cerebral como una estructura modular, en la que se puede rastrear una base genética para las distintas estrategias cognitivas que desarrollan los humanos, o más bien como una maquinaria de propósito general capaz de desarrollar múltiples estrategias para adaptarse al ambiente en que vive. La primera opción, cercana a las tesis de los psicólogos evolucionistas, sugiere una naturaleza biológica común a todos los seres humanos, pero con un papel decisivo de los mecanismos innatos en la génesis del comportamiento y la cultura. La segunda, más próxima a los trabajos de los ecólogos del comportamiento humano, propone también un genotipo humano común pero que nos dota de una mente flexible, capaz de desarrollar diferentes tipos de conducta adaptativa en función de los intereses y las circunstancias concretas que afectan a cada individuo.

Sin embargo, sea cuál sea la estructura subyacente, resulta absurdo buscar un trasfondo ontológico que trascienda la propia lógica impuesta por nuestros orígenes biológicos. Vivimos inmersos en múltiples simulacros en cuyo interior transcurre nuestra cotidianidad. Así, nuestros espacios de certeza y objetividad epistemológica como nuestros mundos valorativos o nuestras instituciones políticas, por citar sólo tres ejemplos entre otros muchos, no son más que construcciones locales que resultan del ensamblaje de nuestra necesidad adaptativa, nuestro andamiaje psicobiológico y los azares históricos que acompañan el desarrollo de todo acontecer humano. Nada hay detrás de ellos, nada al menos de lo que la filosofía, la religión y las ciencias sociales han pretendido entrever.

De entre los muchos intercambios que mantiene el autor a lo largo de este libro con diversas tradiciones de pensamiento, destacan muy especialmente sus revisiones de algunos textos de M. Heidegger, R. Rorty y P. Sloterdijk. Sin duda, los lectores con intereses filosóficos verán colmadas sus expectativas en esta interesante reinterpretación de obras filosóficas tan aparentemente alejadas del naturalismo darwinista, que, empero y sin ser retorcidas interesadamente, terminan convergiendo en una visión nihilista de la existencia humana.

Los trabajos de C. Castrodeza, de entre los cuales este libro supone la culminación, constituyen una referencia singular e indiscutible en un panorama intelectual como el español muy poco atento a la sensibilidad científica naturalista. “La darwinización del mundo” es un texto valiente y atrevido, que hace pensar y ofrece nuevas claves para comprender la realidad humana sin renunciar ni a la radicalidad del pensamiento filosófico ni al rigor científico.

Miguel A. Castro Nogueira  
& Laureano Castro Nogueira  
UNED  
lcastro@madrid.uned.es

FABIENNE PETER & HANS BERNHARD SCHMID, eds. 2007. *Rationality and Commitment*. Oxford: Oxford University Press.

Amartya Sen's “Rational Fools” (1977) is nowadays one of the most cited and commented works in the field of rational choice theory (RCT). Although Sen has developed his views in greater depth in subsequent works, his initial claim has not lost its critical power.

From Sen's point of view, commitment cannot be accommodated in RCT explanations because it opens a wedge between welfare and choice. In “Rational Fools”, Sen argued that we must distinguish between two separate concepts: sympathy and commitment. The former corresponds to the case in which the concern for others directly affects one's own welfare: “If the knowledge of tortures of others make you sick, it is a case of sympathy; if it does not make you feel personally worse off, but you think it is wrong and you are ready to do something to stop it, it is a case of commitment” (Sen 1977, 319). Later, in “Goals, Commitment and Identity” (1985), Sen developed the theoretical distinction between self-centered welfare, self-welfare goal, and self-goal choice, and placed this distinction in the core of RCT models. He argues that sympathy only violates the self-centered welfare condition, because the welfare of others influences our own welfare. RCT can easily explain this kind of “altruism”, due to the fact that an agent's welfare increases by making other's welfare increase as well. Sen argues that commitment involves making a choice which violates either the RCT requirement of self-welfare goal or self-goal choice. Sen claims that “commitment is concerned with breaking the tight link between individual welfare (with or without sympathy) and the choice of action (for example, being committed to help remove some misery even though one personally does not suffer from it)” (Sen 1985, 7-8).

*Rationality and Commitment* is the result of a workshop that was held in the University of St. Gallen in May 2004. It collects a series of essays that aim to discuss Sen's critique of the implicit selfishness of a narrow interpretation of rational agency, under the light of the recent development that RCT has experienced, as well as the debates on rationality and collective agency than have taken place in philosophy.